

# HOJAS DE PAPALGUINDA

Por Antonio PEREIRA

UNO regresa a su ciudad, a curarse de sus ausencias, y sufre por esos derribos que casi de repente abren una brecha dolorosa en el paisaje urbano. Sí, luego serán belleza mayor; pero a costa de esta desazón momentánea por las ruinas. Donde se levantaba un día una empresa comercial, me he parado a curiosear y dan mis ojos con un artefacto casi desaparecido de la liturgia mercantil. Lo han desechado, probablemente para chatarra y, sin embargo, a mí me llena de recuerdos y sugerencias.

Es la prensa copiadora, ese tórculo oficinesco que sirve para reproducir por compresión las cartas y telegramas, trámite de cumplimiento obligado desde que lo mandó el Rey Alfonso XII, siendo ministro don Francisco Silvela. Contemplando la prensa copiadora, no sé por qué me siento marchar a la Cataluña textil de mediados del XIX, o a los Bilbaos metalúrgicos del tiempo de la Restauración. Y, apurando el viaje, a las viejas y traficantes ciudades de Italia y los Países Bajos, de la Liga Hanseática... Quizás por este afán irrefrenable de hacer volar la imaginación; porque, en realidad, donde yo vi por primera vez la prensa copiadora fue en el escritorio de una fábrica de harinas de Astorga. (Cuando por la saca de 100 kilos de la mejor calidad giraban una letra de menos de veinte duros.)

Si yo fuese director de cine y tuviera que significar con el debido realismo un escritorio decimonónico, cuidaría este detalle de la prensa, por lo mismo que para un cuarto desolado y pobre no se ha inventado nada como la bombilla desnuda, colgante del techo por un buen trozo de cordón de la luz. Y si tuviera gana de especular, compraría de prisa todas las prensas copiadoras que andan por ahí despreciadas, antes de que entren en juego los anticuarios, los mismos que dieron en recuperar por ejemplo - aquellas planchas que se cargaban con carbones encendidos, marcadas algo así como "La Cerrajera de Mondragón".

QUISIERA anotar una frase que me sale al encuentro en los periódicos recientes: "...gratitud a los hombres y mujeres de mi patria, en nombre de un Gobierno que no eligieron, pero que les ofreció la posibilidad de elegir." Lo dijo el general Lanusse al transferir el poder argentino a sus sucesores impacientes, y me parece limpia, bonita, y no indigna de reflexión.

AHORA tengo que decir adiós al compañero mío, al amigo mío que sin remedio va a morir porque ya no le cabe renovación, porque estaba escrito: "Este pasaporte caduca definitivamente..." Y aquí la fecha ya última, inexorable.

Está entre mis manos, cuaderno de tapas verdes como la esperanza. Y es verdad que empezó siendo una esperanza, talismán, llave maestra para las puertas de lo largamente soñado. En sus páginas primeras, sin enmienda ni raspadura, alzabase la personalidad de su amo con aquellos rasgos que a uno le hacen ser un hombre determinado entre los demás hombres. Luego, su propio poder. No simple cédula para el trajín de andar por casa, sino documento solemne y grave que en las imaginaciones abundosas se asocia a consulados, a embajadas doradas.

Pero no lo vaya perder del todo, no consentiré que él me deje para siempre. Si caducado en su vigencia legal, lo quiero archivo y fe de la memoria mía, crónica andariega. Paso las hojas numeradas y me hablan con su tinta violeta o azul los sellos aduaneros. De Fuentes de Oroño a Vilar Formoso, abecedario del aprendiz de emigrante, porque entre Portugal y España la raya es más delgada que en parte alguna. Del puesto montés de Dancharinea a la bandera tricolor del otro lado. Toda una retahíla de nombres fronterizos Apach, Jeumont, Ventimiglia, Brennero, Vallorcine... con un eco de fonemas extraños, y de monedas que manejamos con torpeza, y de ruidosas botellas donde se delata el vino familiar, ya que no el sol que lo hiciera maduro.

Pero aún me detengo en las dos últimas páginas. Estas dos últimas páginas en blanco que habrán quedado sin diligenciar, pero no vírgenes inútiles, no desperdiciadas ni perdidas. Pues todas las evoluciones de lo realmente hollado no pueden valer lo que este misterio turbador de los países que no hemos conocido, de los atardeceres que no hemos visto, de las flores que no hemos gozado... De lo que pudo haber sido y no fue.